

ferma gimió, clavando sus ojos en el mundo desconocido que se extendía tras de los maderos entornados.

—Perdida . . . perdida para siempre . . .

Fué en diciembre, un miércoles por la mañana.

La víspera, Antoñita había suplicado al médico que la permitiera trabajar. Sentíase fuerte. Y además, el sostenimiento de la casa la reclamaba. En vano fué que Estéfana jurase y perjurase que nada se debía á Madame Bernard; que los gastos diarios habíanse hecho así, á la buena de Dios, sin recurrir á nadie. Experimentaba la pobre vieja subidísimo deleite al guardar secreto su sacrificio, que tal era la coronación digna de su obra; mas no le valieron caricias ni consejos: Antoñita quería coger la aguja á toda costa, y preciso fué que se marchase corriendo á pedir labor á Madame Bernard.

Cuando la maritornes salió, levantóse del

mullido asiento. Quería recorrer la casa, de un extremo á otro, de rincón á rincón, con el ansia que invade á los enfermos que durante mucho tiempo han permanecido clavados en un mismo sitio.—Encaminóse á la cocina, seguida de las miradas de doña Pepa, la cual, poseída de nuevo por devoto fervor, encendía la lamparilla de aceite á Santa Teresa.—En el fogón chisporroteaba con alegre llama abundosa lumbre. Bonifacio, tendido panza arriba, solazábase con las moscas, lanzando manotadas á diestra y siniestra. Por los entreabiertos maderos de la ventana, colábase el aire de la mañana, ebrio de frescor, y tenue polvillo de luz cabrilleaba sobre los ladrillos rojos.

La muchacha lo veía todo con atención, como si aquellas viejas cosas tuviesen un seductor encanto. Avivó el fuego, despojó á los cacharros de la espuma que borboteaba, produciendo monótono murmullo, é inclinandose, regaló al gato con un halago suave, que le hizo enarcarse voluptuosamente.

Ocurriósele penetrar al cuarto de Alberto; pero repentina tristeza la obligó á retroceder: la habitación estaba cerrada, revelando en su abandono la ausencia de su dueño, de aquel hermano que nunca tuvo para

la modista el más insignificante de los afectos.

Retrocedía ya, dispuesta á proseguir su melancólica peregrinación de convaleciente. Pero se detuvo en el umbral, al ver á su lado, en el húmedo suelo, el mueble famoso, aquel centenario arcón que constituyó, durante su niñez, el misterio de la casa, el mamotreto que escondía el tesoro de Estéfana. Y hubiese sonreído al mirarlo, evocando los mejores años de su vida, á no ser porque observaba algo inaudito, casi inverosímil: el arcón permanecía abierto y vacío. Intrigada, hubo de acercarse; hurgó con detenimiento: nada había allí, á excepción de un zapaticito viejo y contrahecho, y tal cual harapo inútil.

Los vasos rotos estaban arriba, alineados en la alacena, listos para el servicio. Ella hizo un gesto de asombro; luego, en un instante de lucidez, lo comprendió todo. ¡Con razón Estéfana decía que nada daban á Madame Bernard! ¡Ah, la pobre, la buena vieja....

Cuando se alejó de aquel recinto que encubriera el más grande de los sacrificios, creyó sentir, con ímpetus de alucinada, que las muertas energías resucitaban en ella; que

una juventud febril la hacía presa. Miraba al porvenir con la mirada serena de los seres que han trazado su camino, esperando con impaciencia el retorno de la criada, que no tardó en asomar las narices por el comedor, gruñendo regocijada que la «gabacha» la había dicho que enviaría labor á la mañana siguiente.

Antofita fijó en ella sus pupilas húmedas. Contemplaba á aquella anciana agostada en el fregadero; aquel cuerpecito larguirucho y enteco, que encerraba tan noble espíritu: aquellos ojos adormidos por la edad, cada una de cuyas miradas era una caricia.

Cayó en sus brazos, sollozando.

—¡Ah! Estéfana, Estéfana, yo no lo sabía....

La vieja nada dijo, enmudecida por la sorpresa. ¿Qué, había descubierto el asunto aquel, y por eso lloraba? No, no señor. Semejante cosa no valía la pena. ¿Para quién eran los dineros, los trapos raídos, si no para la niña que se los diera? ¿Que se había gastado todo? ¡Valiente chismel! No más lloriqueos ni pucheritos, que ella ansiaba ver á su nena echando salud hasta por los labios, reidora y contenta.

Y callaron las dos, una en brazos de la otra, emocionadas y dichosas.

Apenas el sol paliducho de invierno se filtraba por las hendiduras de la ventana, al siguiente día, Antofñita saltó de la cama. Sentía rara opresión en el pecho; pero, no obstante, enfundóse en su vestido de trabajo; se puso la negra falda de lana, abrillantada por el uso; la blusita blanca y el chal azul de otros tiempos, tan agujereado, que semejaba una colgadura de papel de china hecha por niños para adornar el patio en Navidad; peinóse con ingenua coquetería ante el pequeño espejo que pendía de la pared, reflejando su rostro enflaquecido que cubría intensa palidez. Y era tal su convicción de estar curada, que no reparó en el tinte violáceo de sus labios, pensando que sus facciones, á causa de la enfermedad, cobraron cierto matiz severo que respondía perfectamente á la expresión de la mirada. Había envejecido diez años; pero hoy era la mujercita seria con que soñó, allá en su adolescencia, cuando la rechazaban en los talleres por su poca edad.

El desayuno fué menos triste que de costumbre. A las ocho, doña Pepa abandonó la mesa, y requiriendo chal, rosario y libro, estampó un beso en la frente de su hija. Iba á misa, después de tres meses de encierro,

olvidada ya del peligro, experimentando secreto deleite al tornar á sus tareas favoritas. Antofñita la vió ir, con una sonrisa de tristeza. Su madre la dejaba también...

La sala reía, con risa alegre. La ventana abierta recortaba un girón de cielo diáfano, del que se destacaban nubecillas blancas, níveas gasas que empujadas por el remusgo corrían rápidas hacia occidente. En el marco, los tiestos, amorosamente cuidados por mano amiga, lucían su follaje un tanto marchito. Afuera, junto á la entornada puerta, trinaban los canarios con débiles gorjeos, como si el frío les entumeciera; y el vocerío del patio, vago y lejano, iba á morir allí, con arrullo imperceptible. La salita reía, con su lamparilla azul, con su rameda alfombra, con sus modestos cuadros; sobre las diminutas mesas, los juguetes amontonábanse en abigarrada confusión, como si reclamasen la mano blanca que sabía distribuirlos con primor. La máquina de coser, reluciente, esperaba la fuerza que la pusiera en movimiento: bien lo decían los géneros apilados en las sillas cercanas, los encajes, los mil adornos con que la femenil inventiva ha poblado el mundo.

La muchacha, inmóvil, contemplaba aquel

UNIVERSIDAD DE LA CHIQUILLA. - 60
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

V. 1625 MONTREY, CALIF.

recinto, una de sus ilusiones de otro tiempo, experimentando una sensación de dulce amargor. Se acercó á la ventana: el mar de techumbres continuaba allí, inmovible, perdiéndose en el azulado horizonte. Los pocos árboles que acá y acullá surgían, estaban desnudos de hojas. Las bardas, erizadas de trozos de vidrio, brillaban al sol.

Tendió la mano hacia las macetas. Habían muerto las flores. El clavel, el heliotropo y la mata de violetas, languidecían, mustios, sin aroma. ¡Cómo desaparecía todo, Dios santo!—De codos en el antepecho, permaneció durante largo rato, con la mirada errante y el corazón oprimido por la tristeza. Despertó al fin de su letargo, y comenzó á pasear por la habitación. De súbito, un estremecimiento la invadió: ante ella, el blanco cisne de porcelana se erguía con las alas abiertas, como si se dispusiera á emprender el vuelo. Lo asió con mano trémula. ¡Qué lejos estaba ya aquella noche en que él se lo diera en el patio! Toda la historia de sus amores pareció brotar á la vista del cisne, con sus dolores y alegrías. La figura de Eugenio delineóse en su mente, vigorosa. Ella creía haberle olvidado, y ahora se encontra-

ba con que un simple objeto impulsábala á volver los ojos hacia él, con la desesperación inmensa de lo imposible. La huella del infame, del canalla, no se borraba aún.—Ensoñaba todavía con sus amoríos muertos, y esto acrecentaba su tristeza, acentuando la lividez de su semblante.

El cisne cayó de sus manos, haciéndose trizas. ¡Ah, no volaría nunca, nunca! Y ella, con los brazos abiertos, indolente, abandonada á su pena, quedó extática, con los ojos bañados en lágrimas.

La voz de Estéfana la sacó de su abatimiento profundo. Cuando volvió el rostro, la vieja estaba á su lado, mirándola cariñosamente.

—¡Vaya! ¡Cuidadito con los lloriqueos! Miren á la niña: ahora que está bien de salud, se mata....—Y en voz baja, muy suave, con aire de misterio, agregó:—No te aflijas: voy al mercado, y mira, te traeré flores, muchas flores....

Antoñita la convenció de que estaba alegre. Sólo que.... los recuerdos.... Y la cocinera marchóse al cabo, con la cesta al brazo, á hacer las compras. Sus pisadas apagáronse á lo lejos; pronto reinó el silencio, turbado por la algarabía de los canarios

y el murmullo de afuera. La muchacha, después de cerrar la puerta, secó sus lágrimas, presa de momentánea reacción. Avanzaba resuelta hacia la máquina.

¡Sí, era preciso tornar á la lucha! Así lo quería la vida implacable. Era menester laborar con denuedo por la dicha, reanimar las ruinas que la cercaban. La chiquilla había partido para siempre; su amor agonizaría también, merced al tiempo y á la ausencia. Los seres que á su lado quedaban, merecían un poquillo de felicidad en sus posteriores años. Y erguida la pura frente de virgen, sentóse ante las telas esparcidas: quería olvidar, embriagarse en el futor de la faena, no vivir sino para el trabajo.

El canturreo dulzón de la máquina tornó á resonar en la sala, asustando á los gorriones que huían á saltitos por las vecinas azoteas. El pedal movíase acompasado, y la rueda giraba, giraba, volteando sin interrupción. Pero el canto de la dicha y del amor, la tonadilla melancólica, no escapaba ya de los labios apretados. Se había marchitado también, como las flores de los tiestos.

Los gorriones interrumpieron presto su carrera, chillando, alborozados. El ruido disminuía lentamente, y se escuchaba cla-

rísimo el parlotear de los canarios presos.

Pálida, temblorosa, desencajada, se había puesto en pie. Advertía que el corazón le palpitaba con irregularidad, y que un desvanecimiento la envolvía. Quiso gritar, pero la voz se ahogó en su garganta. Sólo un gemido escapó de sus labios. Nadie acudía. Entonces, intentó correr, presintiendo algo sombrío. Sus pies no se movieron cuando adheridos estuviesen á la alfombra. Su rostro hinchado, violáceo, se contraía; sus crispadas manos retorcíanse en el pecho, como si anhelaran arrojar de allí un peso abrumador, inmenso. Sobrevino un acceso de tos, de tos seca, desgarradora. Y Antoineta, desfallecida, cayó de rodillas; luego, inclinóse hacia el lado derecho, rodando en seguida por el suelo, como una masa inerte. Su rostro conservaba un gesto de infinita tristeza; sus manos yertas, oprimidas contra el seno, parecían implorar piedad. La sombra de la muerte daba á su cara enjuta por el sufrimiento y el trabajo, una angustia dolorosa.

Repiqueteaban las campanas á lo lejos, vibrando en el ambiente invernal: era su son melodioso y triste; del patio, ascendía un vo-

cerío confuso, murmullo revelador de dicha; y el sol, que entraba á raudales por la puerta abierta, se deslizaba lentamente, avanzando hacia el cuerpecito inmóvil, con timidez, como si dudase de reanimar las facciones rígidas, de una expresión tan dulce.

La mañana resá. En la soledad del cuarto, sentíase su regocijo casi primaveral, su carcajada cristalina y sonora. Los canarios gorjeaban; y el murmullo de la fuente, el choque de las cubas contra el agua y los gritos de las criadas, pregonaban la alegría de vivir.

Estalló un grito cascado, pero lleno de juventud, de esperanza: era la dicha que llegaba, la pálida sonrisa del invierno. Oíase sonar de puertas y agitado chancleteo.

—¡Niña, niña, tus flores! ¡Aquí están tus flores!...

Un día de marzo, los vecinos del Puente de Alvarado despertaron suspensos. A tra-

vés de las ventanas, oíase el son de una marcha ejecutada por músicos de «mala muerte»; á las rudas notas del trombón sucedían los chillidos de la flauta, y los cornetines y tambores metían un ruido de mil demonios, poblando la avenida de ríspidas armonías. Los holgazanes que á tal hora permanecían aún en el lecho, sacudieron la modorra, atreviéndose á asomar las narices por los visillos; otros, más filósofos, arrojáronse bajo las sábanas, dispuestos á conciliar el sueño al arrullo de la ratonera banda.

Corrían las criadas en todas direcciones, con las puntas del rebozo barriendo el suelo, y los cestos rebosantes al brazo, ansiosas de engrosar la turba que ya invadía media calle, de la acera al arroyo. Los borrachines de las pulquerías cercanas, con los ojos enrojecidos, sucias y harapientas las blusas, acudían á traspiés, berreando de lo lindo. Los comerciantes salían medrosos á las puertas. ¡Caracoles! Aquello era gordo.—En la panadería habíase suspendido la venta, y la dueña, una viejecilla de Dios, manoteaba hecha un basilisco. Los propietarios del cafetín, de enfrente, recientemente establecido, se mordían los labios, presintiendo la catástro-

fe, sonrientes á su pesar, á fin de no trasladar el miedo. El tendero de la esquina, señor Mundiado, se acariciaba el vientre, escuchando con regocijo los trompetazos de los pobres filarmónicos que, formados en grupo, hinchaban los carrillos, haciendo vibrar cañas y latones.

Todos, hasta el gendarme, seiote y mal encarado, miraban la fachada que se elevaba ante ellos, pintada de azul, reluciente. Los menos leídos, delectaban el gran rótulo dorado que se veía sobre las puertas, descifrándolo trabajosamente; en tanto que otros, más duchos en tales achaques, leían de corrido:

LA DAMA BLANCA

GRAN CAFE

Era aquel el día de la inauguración.

Los chiquillos golosos se amontonaban ante los escaparates. ¡Qué escaparates, santo Dios, tan distintos de los antiguos! Amplios, resplandecientes, encerraban una porción de cosas apetecibles al estómago: longanizas toluqueñas gordísimas; bollos de mantequilla y quesos de Lechería que eran una bendición del cielo; dulces morelianos exquisitos; pirámides de galletas de caprichosa forma y

varios colores; natillas blanquísimas que flotaban en transparente líquido; latas de pescados....

¡Señores, aquello no era café, sino un almacén de todos los comestibles habidos y por haber!

En el umbral, el señor Carrizales llevaba el compás con el bastón, repartiendo amistositas palmaditas entre los amigos. Dentro, el magnífico salón tapizado de papel azul, lleno de mesitas de cubierta de mármol, de grandes espejos, de arañas de cristal que pendían majestuosamente del techo, sonreía al claro sol. Doña Filo, vestida de blanco, echando salud por la sonrosada faz, estaba de pie, tras del mostrador, recibiendo ufana los parabienes de los clientes viejos, y agasajando á los nuevos.

—¡Caramba, doña Filo, esto es prodigioso!

—Amiga mía, si el café es como el edificio... ¡Estoy maravillado!

Y la excelente señora reía, confusa, protestando.

—No, si no soy yo... Ni lo soñé siquiera... El autor de la obra es Arsenio; á él es á quien deben ustedes felicitar.

Y al decir esto, mostraba á su marido, que

paseaba de un lado á otro, silencioso, con los brazos cruzados á la espalda, la rapada testa al aire, y los ojos distraídos en la contemplación de la aglomerada muchedumbre. De vez en cuando, volvía el rostro, y sus pupilas se encontraban con las cariñosotas de la antigua patrona.

Aquel era el triunfo, ¿verdad? Doña Filo lo decía, redoblando los elogios á Urizar, con el cual se había casado dos meses antes. Y los oyentes aprobaban con movimientos de cabeza. ¡Claro! Con un hombre mozo, guapetón, y de semejantes agallas, se iba á todas partes. Ya le quisieran otras para un día de fiesta.—Y la robusta mujer sonreía, apurando con delectación suma tal letanía de piropos, sin hacer caso del amigo Carrizales que iba y venía, trayéndo'la noticias magnas: los competidores de enfrente servían café á las moscas; la vieja de la panadería iba á caer muerta de la berrenchina; don Patricio Mundiado había avizorado las letras de la muestra con mal gesto. ¡En fin, la hecatombe para ello!

—Basta, Carrizales, basta... Todos somos personas decentes, y podemos vivir como Dios manda....

Pero el empeatado vejete no reparaba en

tamañas moralejas; y no encontrando gente que le escuchara, dirigióse á Arsenio.

—¡Oh! esto es grandioso, querido amigo,—decía, cogiéndole del brazo.

Ambos se encaminaron á la puerta, aturridos por el vocerío y los marciales acordes de la callejera murga. Arsenio Urizar sonreía, con una sonrisa nueva de burgués satisfecho, que hace bien la digestión, se acuesta temprano, y viste holgada y pulcramente. La abigarrada turba agitábase ante él, bañada por tibias oleadas de sol; del gris que la cubría destacábase los tintes vivos de los trajes de las mujeres, el rojo sangriento de los jorongos, la color morena de los rostros. Todos aquellos seres le envidiaban, y al paladear vanidosamente tal envidia, experimentó un secreto bienestar nunca sentido en su azarosa vida pasada. Dejaba errar los ojos sobre la muchedumbre: no faltaban allí gentes conocidas, que le traían á la mente ingratos ó amables recuerdos: allí veía á doña Manuela, la cizañera eterna, con su chal amarillo, sus vivos ojuelos y su nariz de pico de ave. Hablaba cautelosamente, interrogando, comentando sucedidos y chismes con las mujeres del barrio. Petra, la criada de los Gómez, descaradota y maliciosilla, fijaba

en el propietario de *La dama blanca* una mirada de abandono, recordando quizás ratos de amor libertino; y volvía á intervalos el rostro, murmurando con las compañeras sobre el mismo tema: las monomanías de don Hilario. Más allá, en las últimas filas, columbró á doña Silveria, la viuda del Coronel, con la botellita al brazo, revelando una inconsciencia de bestia; con los ojos desmesuradamente abiertos.

Crefa vivir los juveniles años que tal gente le recordaba. Crefase muy lejos de ellos, sin ningún lazo que le uniera á las cosas idas; y, dichoso, iba á entrar de nuevo en el café, cuando un estremecimiento le agitó. En la acera de enfrente, un muchacho de pobre aspecto permanecía inmóvil, mirando con fijeza el renovado cafetín. Vestía raído saco y pantalón viejo; su cabeza, de enmarañada cabellera, cubríala grasiento fieltro.—Urizar le reconoció: era Eugenio Linares.

De un salto atravesó la calle, plantándose á su lado.

—¡Eugenio!

El pobre hombre se asombró: sus pálidas mejillas se arrebolaron, y en sus ojos fulguró un chispazo.

—¡Ah! ¿eres tú?

Se estrecharon. Luego, al ver Urizar que su compañero nada decía, permaneciendo con los ojos bajos, pensativo, invitó á entrar en su casa.

—¿En tu casa?

—Sí, pasemos. Te desayunarás conmigo. Bueno es recordar los pasados días.

Ya en el rincón, en el mismo sitio donde antaño se partieran, la expresión huraña, hosca de Linares, pareció disiparse. Establecábase una corriente de afecto, de mutua confianza, como si Urizar no fuese el comerciante de hoy, sino el poeta de largas meletas y genio dicharero y burlón, y su invitado el mozo que suspiraba por la novia, en su lucha desesperada, en su anhelo de triunfar de los obstáculos que le oponía la vida.

Doña Filo en persona, radiante de gozo al ver á su cliente desaparecido, les sirvió las humeantes tazas de café. Cuando los dos quedaron solos, observáronse detenidamente, como seres que después de haber pensado y sentido juntos, hallábanse al cabo separados por una distancia enorme. Linares tenía el rostro demacrado, los ojos tristes, con esa tristeza de los que han descendido hasta lo hondo del sufrimiento y de la miseria.—Urizar, por el contrario, parecía más robusto.

to, de moñetuda cara; conservando, sin embargo, una suave ironía en los labios, que quizás no careciera de amargura. A pesar de los seis meses que transcurrieron desde que se vieran la última vez, no tenían á mano asunto de que hablar. Evitaban el pasado, comprendiendo que para los dos era doloroso.

Lentamente, en la penumbra del rincón, daban sorbos de café, escudriñándose el uno al otro. Eugenio fué el primero que se atrevió á rasgar el velo de misterio que entre ambos se interponía.

—¿Qué es de tu vida?

—¡Nada! Ya lo ves... Tan monótona y cansada como la antigua, brutal si quieres; pero misericordiosa... Como, duermo... ¿Qué más puedo pedir? Fui un soñador, y ahora soy un burgués que calcula y engorda. ¡Ni más ni menos! Como el mundo quiere que sean los jóvenes de este tiempo.

Sonrió, dando un trago del obscuro néctar, y prosiguió, apoyado de codos sobre la mesa.—Hubía soñado mucho, había pensado mucho; su mocedad estuvo animada siempre por un ideal; osó apartarse de las aspiraciones idiotas de los vulgares, ser un raro en el mundo en que vivía. Y cuando daba el pri-

mer paso, cuando creyó emprender el vuelo, hete allí que le pisotearon, desdeñándole. Su padre le maldijo; esquiváronle sus amigos; pobre y solo, erró por las calles, con los zapatos rotos, abrigando todavía una acariiciadora esperanza: su libro, entonces en prensa. Los *Poemas salvajes* salieron al público. ¡Qué delicia verlos en los escaparates, alineaditos y monos, con sus cubiertas blancas y sus títulos rojos! No durmió en muchas noches, pensando que no era ya el poeta inédito, el olvidado. ¡Y qué desengaño más cruel... Nadie habló del libro, y los que lo hicieron, critiquillos de tres al cuarto, fué con el propósito muy santo y muy noble de vociferar á sus anchas, disparatando. Hasta Esteban Conti, periodista inculto; hasta aquel chico que se llamó su amigo, le fulminó desde las columnas del diario que dirigía.—Afirmaban que carecía de talento, que era un loco y un rimador imbécil.—Posible es que tuvieran razón. Por eso dejó que los volúmenes se perdiesen en las librerías. Encerraba su porvenir entre las cuatro paredes de una casa de comercio; se había casado con una mujer laboriosa, entrada en años, sin seducciones, pero que le mantendría...
—No hacer nada, amodorrarse, vivir en

plena vulgaridad, á caza del duro. . . . ¿Concibes algo mejor?—dijo riendo.

Callaron. La música había cesado, y el cafetín iba quedándose silencioso. Cabrilleaba el sol sobre los dorados de los muros, y el rumor de la calle se percibía desde allí, á la manera de una colmena colosal.

—¿Y tú?

Al escuchar la pregunta, Linates vaciló, Sentía la garganta oprimida, y al propio tiempo experimentaba deseos de confesar, de desahogarse. ¡Hacía tantos meses que no charlaba con un amigo, amontonando sus pensamientos y sus cuitas en el espacio estrechísimo de su propia personalidad! . . .

—Pero, alentado por una mirada cariñosa, balbuceó, trémulo:

—Yo. . . . Yo, nada, pasarla. . . .

A su memoria acudía el recuerdo de la pobre mártir, la ingratitud de él, la historia de su pasión, saturada de ingenuidad, de luz celeste. Veía, anublada por la muerte, por la eterna ausencia, á Antofita, entregándole su corazón, consagrándole las ternuras de su alma adorable; la veía con su carita seria, mirándole desde allá, desde la azotea, entre las rosas, bañada por la luz; veía también la noche horrible en que mató su dicha por sa-

tisfacer su carne; y allá á lo lejos, en las calles, columbraba la horrible caravana de las caídas, de las que ofrendan sus cuerpos al transeunte que pasa; el cortejo doloroso, que se deslizaba taconeando por la acera, luciendo los marchitos rostros pintados, los secos labios que sonrían suplicantes y tristes, los ojos reveladores de cansancio. Y en medio de aquella turba, una cara conocida, que ocultaba su miseria y su podre con sonrisilla aleve: Lena, corrompida, rodando en el eterno girar de las que por manchada senda caminan al hospital y á la fosa común. . . . Después, la visión de un ataúd blanco, de un cortejo exigüo que le seguía, de dos pobres viejas que marchaban abatidas, bajo la menuda lluvia de diciembre, acompañando al panteón los despojos amados. Más tarde, su existencia tonta, hundido, á solas con sus recuerdos, entre montones de expedientes polvosos. . . .

Y lo que más sentía, lo que le desgarraba, era pensar en que la infeliz se había ido creyendo que su amor era un engaño, una mentira.

Lo decía ahora, en la mesa del cafetín, con la mirada vaga, haciendo su confesión. Y Arsenio Urizar, el desengañado, le escu-

chaba atentamente, reviviendo el pasado oscurecido por el tiempo.

Cuando terminó, el comerciantillo sintió que en sus adentros resucitaba el poeta con dejos de pensador.

—Convéncete, amigo mío,—afirmó con voz que quería ser profunda;—en el mundo no vale la pena de apurarse por nada ni por nada. Piensa en esa pobre muchacha sacrificada, que amó tanto, que laboró tanto. ¿Cuál recompensa tuvo? Ninguna. Su familia, no la comprendió nunca; tú, pisoteaste sus ilusiones; la chiquilla, su más grande afecto, el que ella creía santo, inmaculado, le arrojó al rostro la ingratitude... Y la chiquilla es la vida, Eugenio, la eterna engañadora que sonríe y muerde. Hay que despreciarla.—Luego, poniendo el gesto de antaño, agregó:—¡No me negarás tú ahora, soñador empedernido, que la carne es la victoriosa, la reina del mundo, el móvil único de las acciones humanas!

Eugenio Livares alzó el rostro entristecido.

—Quizá tengas razón,—murmuró.—¡Cuántas cosas sabes tú, que yo ignoro! Pero... ella ha muerto ya; para mí no es más que un recuerdo muy dulce, muy vago; y, no

obstante, la quiero como no la quise nunca...

Suspiró, echándose hacia atrás. Y vio cómo se desvanecía el humo azul de su cigarro, en el ambiente de la mañana primaveral.

México, junio 1905—
enero 1906.

FIN